

RESEÑA

Felipe Arturo ÁVILA ESPINOSA: *Los orígenes del zapatismo*. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, 332 pp. ISBN 968-12-1033-6

Los orígenes del zapatismo es una contribución importante al estudio de un tema acerca del cual se ha escrito mucho. Ávila se centra en el porfiriato y la presidencia de Francisco I. Madero para entender por qué muchos morelenses y sus colaboradores en los estados vecinos decidieron unirse a la Revolución y luego decidieron, en el otoño de 1911, separarse de Madero y forjar un movimiento independiente basado en el Plan de Ayala.

Basándose en el trabajo de Horacio Crespo, Cheryl Martin y Herbert Frey, y guiado por el modelo de las rebeliones campesinas que estableció John Tutino, Ávila ofrece una síntesis detallada y razonada de la creciente presión que ejerció el porfiriato sobre los campesinos de Morelos. Sostiene que en los valles centrales de este estado, la modernización porfirista pocas veces implicó la pérdida de tierras campesinas ante las haciendas azucareras, porque las tierras comunales ya se habían perdido para mediados del siglo XIX. En cambio, a medida que las haciendas se modernizaban y se expandían las obras de irrigación, los hacendados comenzaron a cultivar caña en tierras que los campesinos se habían acostumbrado a alquilar. Sin embargo, el resultado fue muy semejante al que describen los investigadores que se han centrado en la pérdida de tierras: cada vez más dependientes del trabajo asalariado temporal, los campesinos resintieron la pérdida de re-

cursos y seguridad, y la consecuente alteración en el equilibrio tradicional de las relaciones sociales.

Al igual que Tutino, Ávila considera que tuvo mucho que ver la oportunidad de rebelarse. Al acercarse 1910, el régimen porfirista comenzó a mostrar sus debilidades. En el ámbito nacional, se discutió mucho acerca de quién heredaría la presidencia del ya anciano Díaz, discusión que se intensificó cuando Díaz dudó brevemente si postularse para las reelecciones. En el sector estatal, en 1909 se realizaron unas elecciones muy reñidas para gobernador, en las cuales sectores significativos de todas las clases sociales apoyaron a Patricio Leyva, el candidato no oficial, en busca de una apertura democrática. Aunque se le negó el triunfo, la política estatal quedó polarizada y muchos de los hombres que se formaron con Leyva se convirtieron en zapatistas destacados. Tanto los leyvistas como Zapata, que carecía además de prestigio social, se descubrieron de pronto blanco de la opresión estatal. No sorprende, por tanto, que muchos campesinos de Morelos y sus alrededores aprovecharan la oportunidad de revancha que les ofreció el levantamiento de Madero.

Para apoyar su segundo planteamiento, Ávila se basa en varias fuentes primarias, incluyendo archivos de Porfirio Díaz y Francisco I. Madero poco usados en otros estudios sobre el zapatismo. Sostiene que la separación entre Zapata y Madero no era inevitable, para lo cual hace un examen excelente de las distintas corrientes del maderismo y demuestra cómo los maderistas conservadores fueron ganando terreno. Zapata y su grupo permanecieron fieles a Madero durante todo el verano de 1911, con la esperanza de que una solución diplomática les evitara un nuevo enfrentamiento armado, para el cual, como demuestra Ávila de manera convincente, no estaban preparados. Sin embargo, Ávila es menos persuasivo al sostener que los zapatistas sabían, al asumir Madero la presidencia en noviembre de 1911, que no les cumpliría sus demandas. La cadena de acontecimientos que los llevó a levantarse de nuevo en armas fue tan compleja que parece poco probable que hubieran conocido la verdadera postura de Madero. En todo caso, cuando se reanudaron los enfrentamientos, la dirigencia zapatista enfrentó la difícil tarea de convencer a los pueblos del centro y sur de México de unirseles en la lucha contra el caudillo de la revolución nacional. Su éxito gradual se debió a la creciente furia por la excesiva ocupación militar, a las demandas insatisfechas de tierra, a la pérdida de legitimidad

de las autoridades locales y al fracaso de Madero en la realización de reformas sociales y económicas.

En cuanto al estudio de las razones para unirse y luego separarse de Madero, el trabajo de Ávila es probablemente el mejor que existe, y no tanto porque la información en la que se basa sea nueva (es difícil encontrar algo realmente nuevo acerca del zapatismo), sino por los detalles y matices interpretativos tanto de las relaciones del zapatismo con otros movimientos como de la complejidad interna del propio zapatismo. El trabajo de Ávila es más analítico que el clásico de John Womack o que mi propia biografía de Zapata. Este estudio también supera a los trabajos anteriores en que busca evaluar a los hacendados de Morelos de manera más objetiva, contra lo que Ávila llama "la leyenda negra" que se ha construido a su alrededor. *Los orígenes del zapatismo* también es consistente en el trazado de los movimientos de las tropas y en el reconocimiento de las diferencias regionales del zapatismo, logrado con ayuda de investigadores como Salvador Rueda y Laura Espejel.

Aunque en última instancia se refugia en la idea aceptada, y quizás atinada, de que había, "a pesar de todo, una relativamente alta cohesión interna de los pueblos y comunidades en sus relaciones con el exterior" (p. 56), Ávila también tiene el cuidado de reconocer la estratificación dentro de las comunidades y los desacuerdos frecuentes entre los pueblos vecinos. Retoma estos puntos al hablar de la violencia que se generó cuando comenzó la Revolución, la que no se dirigió sólo hacia la élite y las clases medias, sino también hacia los campesinos. Sostiene que aún falta estudiarla dentro del zapatismo y la zapatista contra los campesinos pacíficos, aunque no reconoce que mi propio trabajo trata estos temas en forma directa y detallada. En cambio, hace una contribución importante acerca de los "cuerpos de defensa" que crearon muchos pueblos para protegerse de los zapatistas. También es nueva la aseveración de que en estas etapas tempranas de la década revolucionaria ya se estaba desencadenando violencia no basada en diferencias de clase. Desafortunadamente, este argumento, para el cual hay muy pocas fuentes de archivo, se basa sobre todo en la prensa conservadora de la ciudad de México, *El País* y *El Imparcial*, que para este tema no es muy fiable. Aun así, es la primera vez que se publican estos hallazgos en México, y Ávila demuestra gran valor al enfrentar de esta manera el mito zapatista.

Haré algunas advertencias de despedida. Ávila lamenta la dificultad de encontrar las voces de "la gente común que se incorporó a la revuelta" (p. 132), pero, extrañamente, no toma en cuenta una fuente maravillosa, que son las historias orales de los veteranos de la Revolución recopiladas por el INAH durante la década de 1970. El texto también adolece de cierta repetición y sobre-elaboración de algunos puntos, mientras que, a pesar de la investigación impresionante que sostiene el trabajo, faltan notas al pie en momentos muy importantes del argumento. Por último, no entiendo su caracterización de Pablo Torres Burgos y Otilio Montaña como intelectuales urbanos (p. 104). A pesar de estas pocas quejas, espero que Felipe Ávila continúe su trabajo sobre el tema y nos lleve a recorrer toda la década revolucionaria, pues hizo un excelente arranque.

Traducción: Lucrecia ORENSANZ

Samuel BRUNK
University of Texas, El Paso